

ct

Mary para Mary

de
Paloma Pedrero

(fragmento)

Londres, 10 de septiembre de 1797. Es esa hora en que cae la tarde. Pronto todos los pájaros cantarán enloquecidos. En el espacio vemos una mesa de escritorio, una silla. Muchos libros y periódicos. Un cesto-cuna reposa en el suelo cerca del escritorio. Por el ventanal que da a la calle se adivina un árbol solitario. La luz es blanquecina y parece cansada. Mary, una mujer de 38 años jóvenes, envuelta en un abrigo negro, da vueltas alrededor de la mesa. Está despeinada. En sus ojos brilla una fiebre alta. Extraviada comienza a ordenar papeles desordenadamente. Lee algo en voz alta, corrige, tacha. Se abriga con un periódico. Mary se levanta. Camina. Busca algo con la mirada. De pronto parece ver fantasmas y da un grito ahogado. Espera. Toma aliento, se envalentona y mira de frente. Al público con tanta bondad como convicción.

MARY

Ah, son ustedes. Ya han llegado ¡Qué generosos...! ¡Qué alegría me causa el que hayan venido a escucharme hoy! Porque hoy estoy dispuesta a desvelarles secretos. Sí, queridas damas. Sí, queridos... ¿hay caballeros aquí...? No, no me hagan caso, no se ofendan. Si yo estoy enamoradísima de un hombre. William, mi compañero. No está, no ha venido. Tenía un encuentro de intelectuales en su casa. Y yo le he dicho, vete, querido, no hace falta que estés hoy a mi lado. Estoy bien, me encuentro perfectamente. (Con complicidad.) Y, esto no se lo he dicho pero... quería que se fuera. Necesito revisar la novela. El final no me convence. Sí, tengo que cambiar ese espantoso final. Pero él, William, insiste en que repose. Ah, no confía en la fuerza de mi mente. Sólo ve mi cuerpo. Mi pobre cuerpo. Así que le he dicho, vete a esa tertulia. Vete tranquilo, mi amor. Vendrá pronto, me lo ha prometido, por eso tengo... cierta prisa. Ustedes y yo tenemos prisa. Porque, querido público, no quiero que él me vea aquí. Con el frío que hace, con el frío que siento. Perdonen ustedes que no me quite el abrigo. Dar una conferencia con abrigo es una falta de respeto, cierto, pero sé que ustedes me comprenderán. Es que tengo el cuerpo helado. (Tiembla. Se encoge. Se calienta con sus propias manos.) ¿Podría alguien atizar un poco el fuego de la chimenea? ¿Hay chimenea? Mi cuerpo, mi cuerpo... Ah, claro, yo les quería hablar a ustedes del cuerpo. Del cuerpo de la mujer y del cuerpo del hombre.

Verán, queridos, son distintos. No, no se rían, ya sé que lo saben. Pero no es que sean diferentes por fuera, eso es manifiesto, es que lo son también por dentro. Lo son en el cerebro, en las hormonas, en las sustancias, en la piel del intestino, en el color de los pulmones... Las mujeres y los hombres somos dos razas distintas. Como lo son, por ejemplo, los tigres y los... guepardos. Somos dos razas distintas con la peculiaridad de que no poseemos al otro sexo de nuestra propia especie. Entonces, ya en aquella desesperación de nuestros ancestros, en aquella soledad perturbada, buscaron lo que les resultaba más semejante: mujer-hombre. Y así seguimos. Nos reconocemos y nos apareamos y queremos amarnos y... fracasamos. Fracasamos porque dos razas distintas no pueden amarse. No pueden amarse si no aprenden antes a ... descifrarse. ¿Es esa la palabra? Da igual, no importa. ¿Imaginan ustedes que un gorila con el cerebro de un gorila tuviera que convivir con una orangutana con el cerebro de una orangutana? En fin, discúlpenme, no estoy encontrando los mejores ejemplos. Tengo escalofríos y... (Se toca el pulso.) esto va al galope.

Pero lo que les quiero transmitir es que cuando Dios hizo el universo, cuando Dios nos dio un alma se despistó. Con el género humano se equivocó. Al macho le dio la fuerza física sin pensar que en un mundo lleno de montañas altas, animales hambrientos, fenómenos naturales descontrolados...y

tantos otros grandísimos y pesados obstáculos, la fuerza física sería un privilegio demasiado grande contra la mujer. Dios no lo ponderó bien. ¿O sí? Quizá lo razonó de otro modo. A lo mejor se dijo: más fuerza al hombre, más sensibilidad a la mujer. Inteligencia la misma pero en diferentes aspectos. Fuerza física al varón. Fuerza psíquica a la hembra. De este modo, aún siendo diferentes razas, su fusión será prodigiosa. Serán grandes, serán inmortales. Serán seres humanos. ¡Seres humanos! (Se quita el sudor de la frente) Sí, porque si Dios es Dios no le podemos responsabilizar de este fracaso atroz al que hemos llegado. Él jamás habría imaginado que la fuerza bruta gobernaría el mundo, el creía que el conocimiento se impondría... ¡Ay...! (Se encoge de dolor. Se agacha y respira.)

Perdóneme, me duele el vientre. Me duele el útero. Qué lugar tan hermoso, ¿verdad? El útero. (Respira hondo, se masajea con fruición la barriga.) Ya, ya se me va pasando... Esto tampoco le salió del todo bien. Parirás con sangre y dolor, mujer. ¿Por qué? He visto parir a perras a gatas a yeguas... no sufren tanto. ¿Por qué hizo tan grande la cabeza humana y tan pequeño el canal del parto femenino? Se le fue de las manos el tamaño del cerebro. Tan grande para tan poco utilizado ¡Oh, no, perdonen! Que me perdone Dios también. No es así. No es así. Es que nosotros, en nuestra maldita evolución, hemos perdido de vista a la naturaleza, la hemos desvirtuado. Antes las mujeres parían así. (Se pone en cuchillas y aprovecha para respirar y relajarse) Así. Y podíamos apretar con toda la fuerza, y la sangre no manchaba a nadie, y el hijo iba encaminado y ayudando con el propio peso de su testa enorme. (Se levanta.) Pero ahora nos tumban. ¡Los galenos estudiados nos tumban y nos suben las piernas y la sangre cae hacia arriba, y el hijo y la madre no pueden pujar hacia la tierra! Entonces hay que meter las manos, las manos de los que ni han parido nunca ni han decidido nacer en ese instante. Las manos de unos que vienen de la calle, o de curar a un moribundo, o de masturbarse o de hacer una disección a un cadáver...

Perdóneme, queridos. Creo que me sube la fiebre y se me confunden las ideas. Estoy diciendo cosas que... no se deberían decir. Perdonen. Yo en realidad quería hablarles de la luz. Hoy la luz está cansina, a punto de llorar... de llover, quiero decir... De anochecer. Y yo les pregunto a ustedes, ¿por qué los tiranos tratan de mantener a la mujer en la oscuridad? ¿Por qué solo desean esclavas o juguetes? Nos embaucan, nos embaucan como los príncipes a sus ministros. Nos quieren hacer soñar que reinamos sobre ellos. Pero no, no se puede reinar con la belleza, con la juventud, con la sexualidad... Eso no es poder. Eso es externo. Y se va. Miren la mía. Miren la mía hoy. Sólo se puede reinar con la sensibilidad y la razón. Unidas, abrazadas, enamoradas. La razón enamorada de la sensibilidad enamorada hará un mundo nuevo. ¡Podremos, conseguiremos con esas facultades adquirir la dignidad de la virtud consciente.! ¿Me siguen? Consciencia, consciencia, consciencia. Consciencia de que el único camino es el del conocimiento. Y ese es un camino eterno. Aquí o allá. Allá a donde vayamos seguiremos aprendiendo. ¡Yo soy inmortal! Sí, lo sé. ¡Soy inmortal! Pero... en este momento... me estoy muriendo. Mi cuerpo lucha contra mi mente por morir. Por eso tengo prisa en transmitirles ideas que nunca les he contado, ni en mis novelas, ni en mis ensayos... (Se toca el vientre dolorido y le dice.) No, no, cuerpo, no vencerás. (Se toca la cabeza.) No podrás con esto. (Respira. Sonríe. Se acerca hacia el público que ella ve.)